

Modernidades americanas: Una mirada al campo intelectual

Gabriel Alemán Rodríguez

Abstract

This article addressed, in a general way, the figure of the intellectual in the Latin-American modernity and the role that they played from the independence revolutions, through the formation of the national States, until the first decades of the twentieth century. I am interested in explaining about their formations, discussions, concerns and vicissitudes, and how these were shared by their Western counterparts, but with some particularities that distinguish them from the latter. From that perspective, I propose to link the intellectual trends in Latin-America with which dominated in the Caribbean to leave established their common places and their differences. Emphasis is placed on the widespread concern that lettered has in matters such as the nation, identity and the crisis, especially at the beginning of the twentieth century.

Key Words: Intellectuals, Latin-America, Caribbean, Modernity, Nation, Identity and Crisis

En América Latina el tema de los intelectuales se ha abordado desde diferentes perspectivas. Algunos prefieren atender el asunto desde las corrientes de pensamiento y los contenidos temáticos predominantes en la escena cultural de cada época. Otros se concentran en la función que dichos intelectuales asumieron frente a una sociedad que se entendía atrasada y bárbara. Creo que estas perspectivas son válidas para el estudio de la historia intelectual latinoamericana; por eso he preferido conectar estas lecturas a través del rastreo de las pistas que va dejando el intelectual a su paso.

Estos letrados son figuras claves en la historia de nuestro continente, desde el periodo colonial, pasando por las revoluciones de independencia y la construcción de los estados-nacionales, hasta nuestros días. Es posible plantear que durante el siglo XIX las elites cultas se dividieron ideológicamente en liberales y conservadores y que estos dos bandos, dotados de concepciones eurocéntricas, positivistas o religiosas, asumieron la obligación de dirigir los destinos de las nuevas repúblicas en su marcha hacia el progreso asumiendo valores universales (liberales) o defendiendo una identidad basada en los rasgos de la sociedad tradicional heredados del periodo colonial (conservadores).

En el siglo XX, nuevas corrientes de pensamiento, el avance de las luchas populares y la reestructuración del orden internacional a partir del acenso del poderío norteamericano y la revolución soviética, van a provocar nuevas luchas políticas que estuvieron enmarcadas en las ideologías, liberal, anarquista, socialista, comunista, indigenista y nacionalista, y sus posibles combinaciones. Las transformaciones económico-sociales provocaron una mutación del mundo cultural acrecentando el espacio público, la aparición de nuevos tipo de intelectuales ligados al auge de los periódicos, las revistas y la industria del libro y a una profesionalización académica.

Los intelectuales republicanos

La crisis definitiva del orden colonial llega finalmente con la invasión napoleónica a España en 1808, factor determinante de las sucesivas guerras de independencia. Con la agitación político-militar irrumpe una nueva especie de intelectual que Myers ha llamado “el letrado patriota” (Myers, 2008: 121-144). Las ideologías y posicionamientos políticos dividieron a los letrados y mientras un sector conservador permaneció fiel a la monarquía y al discurso teológico, otros hicieron suyas, ideas provenientes de las revoluciones francesas y norteamericana, y adoptaron una postura ilustrado-liberal muy recelosa del peligro de una democratización que convirtiera a las masas en actores dentro del emergente espacio público.

Dentro del nuevo orden posimperial, grupos tales como los antiguos funcionarios de la corona, sabios científicos, clérigos y exjesuitas, abogados y juristas comenzaron a competir por ocupar la posición de intelectuales de los nuevos Estados. Son ellos quienes sirvieron de cantera para la producción de intelectuales que tendrían en sus manos el futuro de las nuevas repúblicas. Pero fueron los expertos en derecho los que dominaron las funciones eruditas durante todo el siglo XIX. Como juristas y escritores, pusieron sus conocimientos y competencias literarias al servicio de los combates políticos. Redactaron proclamas y concibieron constituciones, actuaron como consejeros de quienes ejercían el poder o lo ejercieron por sí mismos. Además, produjeron discursos de legitimación, narrativas de la patria y discursos sobre la identidad nacional. Ningún otro título profesional habilitaba más al ingreso de esta selecta minoría letrada que el de abogado. Junto a ellos, los antiguos burócratas coloniales y miembros del clero ocuparon un papel importante en los debates políticos surgidos tras la ruptura con la metrópoli y a lo largo del siglo XIX. Desde los inicios del periodo republicano hasta mediados del siglo XX, el hombre culto ha estado estrechamente vinculado a las funciones del poder, particularmente como funcionario político o burócrata (Altamirano, 2008: 9).

Su papel allí, entre otras cosas, era producir discursos de legitimación del orden social, incluida la definición de la cultura legítima que, en última instancia, no era otra que la de los mismos letrados (Altamirano, 2008: 18, 19). A esa función política se le unía la labor pedagógica. Dirigir era también un compromiso con “liberar” a las masas incultas de ese velo de ignorancia que los sumía en la “barbarie”. Era imprescindible forjar al ciudadano a través de la educación pues sólo así sería posible el orden y el progreso. Con el cumplimiento de su papel social, el intelectual se hizo una figura respetada por los demás miembros de la comunidad y, en ocasiones, algunos de los más renombrados pasaron a considerarse como apóstoles seculares y maestros del pueblo nación. De esta forma, a los héroes militares se les sumaron la pléyade letrada hasta el punto que, como expresó Pedro Henríquez Ureña, en muchas ocasiones se entabló una tensión entre los propietarios de la palabra y los hombres de acción:

La barbarie tuvo consigo largo tiempo la fuerza de la espada; pero el espíritu la venció, en empañó como de milagro. Por eso hombres

magistrales como Sarmiento, como Alberdi, como Bello, como Hostos, son verdaderos creadores y salvadores de pueblos, a veces más que los libertadores de la independencia. (Henríquez Ureña, 1978: 6)

Tras las primeras décadas posindependencia el panorama social y cultural comienza a transformarse, sobre todo gracias al surgimiento de nuevos actores sociales. El proyecto educativo encaminado por las elites durante la primera mitad del siglo XIX rinde los frutos necesarios para alentar la circulación y recepción del discurso escrito, esencial para el debate y la prensa política floreciente. Lentamente y con faces de auge y retroceso fue formándose para finales de siglo una esfera pública. La expansión de una prensa periódica que intentaba escapar de la censura, la consolidación de un pequeño grupo de lectores no necesariamente vinculados a la élite política, la transformación de los espacios intelectuales fuera de la iglesia y del Estado, la organización de pequeñas asociaciones literarias, científicas y de discusión, así como la intensa actividad parlamentaria que producían las nuevas repúblicas fueron los cimientos que permitieron este fenómeno político cultural moderno.¹

Las circunstancias antes mencionadas fomentaron que el ensayo político dominara la producción literaria durante la decimonónica centuria. Si cualquiera deseaba inmiscuirse en el debate público, no existía un medio más efectivo que este género literario. Muchas veces los escritos comenzaban a circularlos en los periódicos y posteriormente llegaban a publicarse en forma de pequeños folletos. No importa a que sector profesional se perteneciera (poetas, abogados, médicos, sacerdotes), si se deseaba participar en el debate público era imprescindible el ensayo político. No es hasta las últimas décadas del XIX que este tipo de escrito comienza a encontrar competidores en otros estilos de escrituras emergentes. Myers apunta que:

(...) el renovado prestigio de las ciencias naturales y exactas, movilizado por los distintos positivimos que surgieron en el continente, llevó a que las obras de 'ciencias sociales' compitieran por esa centralidad con aquéllas de índole más tradicionalmente política; mientras que la creciente complejización de los universos de lectura impulsados por la emergencia de un mercado editorial más sólido que antes abría espacios a una nutrida literatura de ficción dirigida a un público lector popular y a otro tipo de intervención en el debate

¹ No quisiera dejar de lado la relevancia que tuvo la labor periodística. Desde los años de las independencias hubo una tendencia marcada hacia la configuración de una prensa autónoma y semiautónoma. Por medio del periodismo, algunos personajes por medio del periodismo comenzaron a construirse una figura pública cuya principal fuente de legitimidad provenía de sus trabajos en los periódicos políticos. Estos periódicos estaban al servicio del orden establecido pero, poco a poco, empezaron a incorporar la crítica y oposición a los regímenes imperantes. De esta forma surge un discurso de oposición a la oficialidad que derivó en medidas de regulación de la prensa por parte del Estado que tomó dos vías diametralmente opuestas: por un lado, la censura oficial y, por otro, la relajación de los controles editoriales. Los periódicos comenzaron a florecer con fuerza lo que implicó un público más amplio. El periodismo político nacido durante las revoluciones de independencia y su expansión sucesiva confirma la existencia de una masa de lectores cuya opinión había comenzado a ser considerada políticamente importante. Véase, Myers, Jorge: "Introducción al volumen I. Los intelectuales latinoamericanos desde la colonia hasta el siglo XX", en Carlos Altamirano (Director) y Jorge Myers (Editor): *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo I, pp. 36-39.

político, aquellos impulsados por las nuevas militancias revolucionarias. (Myers, 2008: 45, 46)

En el siglo XX los ensayistas se adjudicaron la función de “moralistas públicos”, diagnosticando los problemas de sus sociedades y haciendo predicciones para el futuro. Intervinieron en la esfera pública para conducir y encuadrar la sociedad en conformidad con los parámetros de una determinada idea de perfección. La razón principal para esta intervención la proporcionó la temática de la identidad nacional. El ensayista se convirtió en el “exégeta” de la nación. Incluso, entraron en debate con quienes creían que la modernización era compulsoria sin considerar los efectos desnacionalizantes que podían producirse en cada país (Saitto, 2004: 130-146). Los ensayistas buscaban reafirmar su legitimidad frente a este grupo de tecnócratas y para ello la discusión de la nación y las dificultades del progreso se volvieron temas obligados. Estos escritores entendían que, por ejemplo, el problema de los adeptos a la visión positivista era su obstinación en implementar modelos que no correspondían a la realidad local, que racionalizaban a partir de unas verdades demostradas en otros lugares y otros momentos (Seda, 2010: 108, 109).

Cuatro tipos de intelectuales

En el periodo bisagra que representa el modernismo, entre 1890 y 1910, coexisten lo que Jorge Myers ha definido como cuatro tipos de intelectuales latinoamericanos: “el científico”, “el militante de la revolución social”, “el intelectual modernista” y “el escritor populista” (Myers, 2008: 47-50). Estos perfiles podían distanciarse de un pensador a otro, pero también coincidir en la misma persona. Los científicos, apoyados por la filosofía positivista de Spencer y Comte, y sus distintas variaciones, anteponían el pensamiento científico racional sobre cualquier otra forma de conocimiento. Puede decirse que estos pensadores fueron los precursores de unas “ciencias sociales” que todavía no alcanzaba su profesionalización académica. Estas “ciencias” de la sociedad (sociología, psiquiatría, criminología, medicina laboral, etc.), comenzaron a ocupar un lugar importante en el debate público como formas de atender los problemas que las sociedades latinoamericanas experimentaban. Este espíritu racionalista y práctico de los positivistas los llevó a involucrarse en los grupos que para entonces ocupaban el poder, convirtiéndose así en miembros de la elite política. Los gobiernos echaron mano de estos profesionales para impulsar sus proyectos modernizadores. Muchos de ellos pusieron sus conocimientos al servicio del Estado y pueden ser considerados parte del sector conservador de la elite intelectual.

El intelectual militante de la revolución social, a diferencia de los científicos, estaba más ligado a la clase obrera. Desde los pequeños grupos sindicalistas, anarquistas y marxistas, comenzaron a intervenir en el debate público a través de periódicos y panfletos. Como suele suceder en muchas ocasiones, los líderes de estos primeros grupos socialistas no necesariamente tenían un origen proletario. Tampoco podemos dejar de comentar que las mujeres ocuparon un lugar prominente dentro de este grupo y que, contrario al intelectual científico conservador, resulta fácil ubicarlos en los sectores

progresistas que proponían cambios radicales en las formas de vida social.

Respectivamente, el intelectual modernista que se puede considerar un tipo ubicado en medio del científico y del revolucionario, resaltó el valor hedonista de la literatura e invocó el placer de la escritura como un fin en sí. Defendiendo la autonomía del hombre creativo como hombre superior, este intelectual exaltaba su decisión de escribir simplemente por los méritos y el placer de la escritura. Esto no significa que se tratara de un grupo desvinculado totalmente de la realidad socio-política en la que vivían. Por su particular abolengo estos escritores dirigían sus trabajos más hacia la elite letrada que a las masas populares, y puede decirse que el escritor de literatura popular apareció en escena para llenar ese espacio.

En esa línea, los intelectuales o escritores populistas son los que anuncian la transición hacia una industria cultural y de medios de comunicación masivos en América Latina. Con el crecimiento de la alfabetización fue posible pensar en la masificación de la producción literaria para un público diverso. Es importante subrayar que todos estos tipos de pensadores que Myers ha señalado guardaban una estrecha relación con el universo intelectual europeo y norteamericano, adaptando esas influencias a sus propios contextos y produciendo un discurso que aunque partía de tales modelos terminaba por ser un producto totalmente original.

El Siglo XX

El siglo XIX sirvió de cimiento para las transformaciones que irán presentándose en el XX. A medida que nos adentramos en los novecientos podemos observar cómo los intelectuales, tanto hombres como mujeres, se involucraron con más fuerza en el debate público adquiriendo el rol cívico de ser “conciencia” de su tiempo. Con un papel más activo en los procesos políticos, la *intelilientzia* latinoamericana participó como fundadora, dirigente, militante, crítica o simpatizante, de los nuevos movimientos político-sociales y culturales (Altamirano, 2010: 9).

Las particularidades regionales hacen difícil identificar un autor o una obra que recogiera los temas centrales que dominaban los escritos de los intelectuales latinoamericanos. Probablemente el único capaz de tal hazaña fue el uruguayo José Enrique Rodó con la publicación en 1900 de su obra *Ariel*. Las tesis de este breve texto anegaron el ambiente cultural latinoamericano por las próximas tres décadas (Graf, 2000: 144, 145). Pero además de Rodó, es posible identificar otros autores o escritos de trascendencia continental que como Rubén Darío, José Ingenieros, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Leopoldo Lugones, José Carlos Mariátegui y los europeos, José Ortega y Gasset, y Oswald Spengler. Por otro lado, no hubo una ciudad o país que se convirtiese en capital cultural. Más bien fueron los contextos nacionales los que definieron el rumbo que tomaría la producción intelectual. Aunque podríamos identificar ciertos núcleos importantes como México, Rio de Janeiro y Buenos Aires, Europa seguía siendo el mayor exportador de ideas y tendencias para América Latina. Esto a pesar de que ya en las primeras décadas del siglo XX, distintas tradiciones filosóficas y vanguardias literarias proclamaban el desgaste de la cultura occidental burguesa y creían que el futuro pertenecía al vigor exótico

de los pueblos rezagados. Desde distintas posiciones ideológicas, figuras relevantes como el dominicano Pedro Henríquez Ureña, el mexicano José Vasconcelos y el peruano José Carlos Mariátegui llegaron a plantear la posibilidad de que el eje espiritual del mundo español o de la civilización europea cruzara a esta parte del Atlántico.²

A inicios de siglo, en la mayoría de las sociedades latinoamericanas se experimentó un rápido crecimiento económico que permitió una transformación en la estructura social aumentando el número de trabajadores asalariados y la formación de una clase media, sobre todo urbana, que años más tarde serviría de reserva para el reclutamiento de nuevos intelectuales. Las funciones de las elites cultas se complejizaban y la actividad política y gubernamental requerían una mayor profesionalización. La carrera académica más conveniente para involucrarse en estas actividades seguía siendo la de abogado. La creciente necesidad de profesionales hace posible que las universidades recobraran una vitalidad única. Junto a estas, las revistas, los ateneos, los cafés y otros espacios culturales proveyeron lugares para el intercambio de ideas. De entre todos estos espacios, las revistas tenían una significación especial pues servían de arenas para el debate entre distintas posturas ideológicas. En ellas se desplegaban los caminos que tomaban el pensamiento, las sensibilidades culturales y las preocupaciones de los intelectuales y de la sociedad (Terán, 2010: 169-190).

Durante este periodo, la situación y el papel de las elites culturales en América Latina varió de un país a otro, según las vicisitudes de la vida política nacional, la complejidad progresiva de la estructura social y la ampliación en la gama de los productores y los productos culturales. Poco a poco, la diferencia entre espacio político y espacio cultural se fue haciendo más evidente alejando al letrado de la vida política y moviéndolo hacia disciplinas como el periodismo, la diplomacia y la enseñanza. Con todo, el aumento poblacional, el desarrollo de las ciudades, la extensión del sistema de enseñanza y el afianzamiento de la educación superior ampliaron y diversificaron las funciones y las profesiones del saber. Altamirano comenta que:

A medida se ingresaba en el siglo XX y a lo largo del resto de la centuria se puede registrar a hombres y mujeres, sean escritores o artistas, creadores o difusores, eruditos, expertos o ideólogos, en el papel que los hace socialmente más visibles: actores del debate público, el intelectual como ser cívico –‘conciencia’ de su tiempo, intérprete de la nación o voz de su pueblo, tareas acorde con la definición de los intelectuales como grupo ético... el espacio característico de los intelectuales es la ciudad, aunque su ambiente no sean únicamente las capitales o las grandes ciudades. (Altamirano, 2010: 9, 11)

No obstante, seguía siendo complicado para los escritores dedicar sus vidas por entero a las letras. Muchos individuos que carecían de un patrimonio familiar podían encontrar en la burocracia

² Creo pertinente incluir aquí las referencias de las obras de los autores antes mencionados: Mariátegui, José C.: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Gorla, Buenos Aires, 2005. Vasconcelo, José: *La raza cósmica*. Editorial Porrúa, México DF, 2005. Henríquez Ureña, Pedro: *Siete ensayos en busca de nuestra expresión*. Editorial Babel, Buenos Aires, 1928 y *La Utopía de América. La América española y su originalidad*. Latinoamérica, Cuadernos de cultura latinoamericana 25, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978.

estatal y sus puestos públicos la oportunidad de adelantar una carrera literaria. Otros hallaron en el periodismo un medio de ejercitar la pluma y obtener algún beneficio económico, aunque restaba tiempo para el estudio y otras actividades literarias. También el crecimiento de las universidades permitió que algunos intelectuales se acomodaran y ejercieran su vocación pedagógica recibiendo a cambio alguna remuneración.

Pero el encuentro entre los intelectuales y el Estado no siempre fue ni ha sido exactamente armonioso. Como sabemos, a lo largo de nuestra historia las relaciones entre las elites cultas y el poder político han estado plagados de tensiones y muchas veces los intelectuales se visualizaban como críticos de un Estado que consideraban irracional o sordo a sus recomendaciones. Las posturas de los letrados con relación al gobierno, por lo general, han variado y han tenido como fundamento el posible nexo de sus intereses ideológicos con el régimen político de turno. De la misma manera, las dictaduras serán una experiencia recurrente a través del siglo, lo que siempre hace reaparecer la censura, la represión política y los exilios. Mariano Picón Salas entiende que “casi lo mejor y más viviente de nuestras letras nacionales de entonces se escribirá en las cárceles o en el exilio” (Picón, 1983: 16, 17). Lo paradójico fue que estas migraciones, unas forzadas y otras voluntarias, provocaron interacciones entre pensadores y artistas de todas partes del continente, permitiendo que se tejiese una red de ideas sobre la región que hizo posible la articulación de una tradición conocida como “hispanoamericanismo” o “americanismo”.³

Modernización, identidad y crisis

Para inicios del siglo XX los progresos económico-sociales, políticos y culturales que se habían alcanzado en muchas las sociedades latinoamericanas no implicaban la superación del atraso material y espiritual. Por eso los intelectuales seguían figurándose cómo conducir a sus países en la ruta del progreso y la modernización. En *La ciudad letrada*, Ángel Rama aborda el tema del intelectual latinoamericano desde la tarea y responsabilidad que estos asumieron frente a una sociedad en crisis y atrasada. Ellos se encargaron de diseñar un ciudadano compatible con el proyecto moderno de gobernabilidad por medio de adaptaciones hechas a las doctrinas occidentales más influyentes del momento. Esta fue la misión principal que la intelectualidad latinoamericana se propuso a

³ Sobre el americanismo debemos señalar que es la empresa intelectual de estudio y erudición destinada a indagar, valorizar y promover la originalidad de América Latina, tal como se podía descubrir en su literatura y en los legados de su historia cultural. Entre los exponentes más destacados del americanismo encontramos a Andrés Bello, José María Torres, José María Gutiérrez, José María Vargas Vila y José Enrique Rodó. Más adelante en el siglo XX continuaron su labor, Pedro Henríquez Ureña, Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes. El *Ariel* de Rodó fue la obra americanista por excelencia y la fuente de la cual bebieron muchos de los autores que escribieron después de su publicación. Véase, Melgar Bao, Ricardo: “Huellas, redes y prácticas del exilio intelectual aprista en Chile” en Altamirano, Carlos (Director): *Historia de los intelectuales en América Latina*, Tomo II, pp. 146-168; Altamirano, Carlos: “Introducción al volumen II. Elites cultas en el siglo XX latinoamericano”, p. 18. Véase también, Díaz Quiñones, Arcadio: “Hispanismo y guerra” en Díaz Quiñones, Arcadio: *Sobre los principios: Los intelectuales caribeños y la tradición*, pp. 65-165.

principios del siglo XX y como parte de esa responsabilidad se generó una producción discursiva que tenía como objetivo organizar al conjunto, homogeneizar el entorno y establecer normas que abarcaran a la totalidad de los ciudadanos. Así, las constituciones, las ideas nacionalistas, los programas educativos y los proyectos de modernización respondían al deseo de los intelectuales de dirigir la dimensión espiritual de los ciudadanos (Rama, 1984: 71-101).

El intelectual latinoamericano de inicios del novecientos estaba atrapado en su misión de conductor espiritual del pueblo. Rama divide dicha tarea en dos momentos claves. El primero, entre 1870-1911, es un periodo nacionalista y prerrevolucionario. Este se caracterizó por los vínculos entre los intelectuales y el poder, y un recelo generalizado hacia las masas. Entendidos como atrasados y bárbaros, los sectores populares eran vistos como la principal piedra de tropiezo para realizar la modernización de América Latina; se concebían el enemigo íntimo de la nación. Por su parte el intelectual se autodefinía como conciencia social y política del pueblo; propietarios de un saber amparado en el discurso epistemológico occidental que el poder político necesitaba y no poseía; eran los salvadores espirituales de una sociedad que exigía de una política educativa que la rescatara (Rama, 1984: 105-133).

El segundo momento, que va de 1911-1973, es la época de las revoluciones que habrán de moldear la América Latina hasta la crisis económica y política de los años setenta. En ese período se transforma el papel históricossocial de las masas en la formación de la nacionalidad y su aportación a los cambios económico-sociales y políticos. Los sectores populares dejaron de ser los enemigos íntimos para convertirse en colaboradores imprescindibles en los proyectos de modernización. En este contexto los subalternos se incorporarían a bloque político que se encargaría de llevar la modernidad a su cumplimiento (Rama, 1984: 137-171).

Como siempre, la tensión imperante entre una sociedad en crisis y los afanes de modernización dominaba gran parte de la discusión dentro los círculos letrados del continente. Sin embargo, el debate se veía marcado por otro elemento fundamental: la identidad. Según Eduardo Devés Valdés la modernización y la identidad son los dos polos temáticos en los que gira el pensamiento latinoamericano del siglo XX (Devés, 2000: 106, 131). La cuestión identitaria se fundamentó en la reivindicación de modos de vida propios que harían posible desarrollar proyectos originales de economía, política y organización social. La cuestión de las identidades nacionales, a las que se sumaba una identidad hispanoamericana continental, dominó el ambiente intelectual durante la primera mitad de la centuria y encontró su expresión en tres corrientes ideológicas: el arielismo, la mestizofilia y el nacionalismo económico. El arielismo y la mestizofilia fueron formas de pensar la nación y la autenticidad de la cultura latinoamericana; es decir, partes de un proyecto político-cultural para superar el atraso y enfrentar el peligro del imperialismo económico estadounidense. El objetivo de estas corrientes era descifrar el ser nacional, corregir sus debilidades, articular un sentido de comunidad más democrático y participativo que reconociera un lugar a los sectores populares asegurando la posibilidad de un futuro distinto y superior al presente (Granados y Marichal, 2004).

En las primeras décadas del siglo, la defensa de lo propio se asoció a la cultura latina. El arielismo vinculaba la identidad

americana con la cultura hispánica. Para los arielistas, América Latina era una entidad cultural amedrentada por enemigos externos e internos. Desde el exterior, el pragmatismo cultural de Estados Unidos, que había conquistado a muchos políticos locales, amenazaba los valores tradicionales de la cultura hispana que formaban los pilares de las culturas nacionales. Al mismo tiempo, desde el interior, estaba el peligro de unas masas a las que le faltaba educación y las virtudes cívicas del ciudadano patriota (Seda, 2010: 92).

Por otro lado, la mestizofilia indigenista o africanista, según la región donde se desarrollara, se enlazaba más a los sectores populares de esa comunidad imaginada como pueblo-nación y fue la perspectiva que adquirió significativa importancia durante las décadas de 1920-1930. En contraste con el elitismo arielista, esta enfatizó la defensa y reivindicación de las clases populares, tanto indígenas, como campesinos y afros. Su hegemonía en el campo intelectual de su época se debió especialmente al triunfo de la Revolución mexicana y la Revolución rusa, así como a los efectos políticos-sociales de la Primera Guerra Mundial. Particularmente en el Caribe y Brasil se desarrolló un clima de afroamericanismo que ya no veía en lo hispanolatino la base étnica de la nacionalidad, sino que consideraba lo popular y mulato la raíz de la comunidad.⁴

En la década de los 30, encontramos lo que Devés Valdés considera un nuevo momento indetitario. Este se caracterizó por afrontar la “Gran depresión” del 29 con la propuesta de reorientar la económica latinoamericana diversificando la producción y orientándola hacia el mercado interno. La defensa de lo propio trascendía lo racial y lo cultural, y se enmarcaba en los asuntos económicos. El nacionalismo era ahora una defensa de la economía continental ante los embates del imperialismo. Los autores nacionalistas buscaban proteger su economía de la competencia de los países más poderosos y de sus empresas. Frente el atraso imperante, y el asedio de los Estados Unidos, el nacionalismo caló hondo en el pensamiento latinoamericano. El desarrollo socio-económico se impuso sobre el de la identidad (Devés, 2000: 197, 198).

Hasta aquí puede planearse que el intelectual latinoamericano de siglo XX fue un pensador moderno que desde diversas posturas ideológicas (conservadoras, liberales o radicales) y formaciones profesionales (periodistas, abogados y escritores, entre otras), asumió las temáticas de la modernización, la identidad y la organización del Estado (Devés, 2000: 64). No obstante, el predominio de alguno de esos ejes temáticos no significó la eliminación de los restantes y en muchos letrados se trató de una cuestión de énfasis. Había tras las diferencias una visión compartida de las funciones del intelectual: elaborar diagnósticos, proponer soluciones, ocupar un lugar en el

⁴ Dentro de estas lógicas se pensaba que afirmar el ser nacional era certificar el futuro del continente, por eso los intelectuales de las primeras tres décadas del siglo quedaron atrapados en la tarea de definir la identidad nacional. De una forma u otra sus acciones redundaban en la modificación de los habitantes con los que se contaba, para emprender el camino hacia el progreso. Todos ellos buscaron establecer los rasgos fundamentales de lo latinoamericano y de sus nacionalidades. Véase, Devés Valdés, Eduardo: *Del Ariel de Rodo a la CEPAL (1900-1950)*, pp. 106, 131, 199-201; Seda Prado, Jorge: *Al recate de la Patria*, pp. 92, 98. Hobsbawm, Erick J. (2001): *Historia del siglo XX, 1914-1991*. Crítica.

espacio público y en las luchas políticas, pensarse como representantes obligados de sus pueblos. Se trataba de saber y de hacer, de ejercer la palabra y la escritura para enjuiciar y llevar esperanza, de decir verdades y asumir entusiasmado la acción (Seda, 2010: 95, 96).

Es interesante notar que a pesar de que Rama y Devés Valdés estudian el tema desde perspectivas distintas (Rama se concentra en el rol que cumplen los intelectuales, mientras que Devés Valdés se centra en los temas preponderantes del momento), pueden establecerse correlaciones precisas entre ambas lecturas, como la común idea de una sociedad en crisis, la necesidad de modernización y los potenciales enemigos internos y externos para sus proyecto. Por tal motivo, en ambos investigadores encontramos la idea de que los intelectuales latinoamericanos del siglo XX se adjudicaron la triple función de sabios, asesores políticos y “curas del alma”. Además, todos estuvieron en contacto con las corrientes de pensamiento promovidas por la modernidad, tales como el liberalismo, el romanticismo, el positivismo, el modernismo, el nacionalismo y el marxismo entre otras. A partir de tales corrientes el intelectual latinoamericano del siglo XX ha sido un ecléctico que manejando distintos registros teóricos en su discurso actúa en la sociedad que lo ciña. Probablemente esa sea su originalidad y el punto esencial en nuestra investigación (Terán, 2004).

El intelectual y la nación

José J. Rodríguez Vázquez ha señalado que la nación y el nacionalismo han estado relacionados con muchos de los procesos de movilización, resistencia y legitimación de la acción política, específicamente con la organización del orden estatal conocido como el estado-nación (Rodríguez, 2004: 19). Todo movimiento político debe contar con intelectuales y profesionales que promuevan y contribuyan a organizarlo y no se pueden concebir los unos sin los otros. En palabras de Smith:

(...) de alguna manera, los intelectuales, especialmente los educadores, resultan cruciales para los nacionalismos. A menudo son los que elaboran la categoría de nación dotándola de significado simbólico. Es su imaginación y capacidad de comprensión la que da a la nación su contorno y gran parte de su contenido emocional. (Smith, 2000: 174)

Conceptos como, pueblo, nación, patria, libertad y soberanía dan al nacionalismo su potencia discursiva y atractivo político y movilizador. La intelectualidad busca forjar una identidad cultural colectiva, elemento esencial para definir un poder constituyente que establece su propio orden político. Ciertamente, hay actividades técnicas que pueden ayudar a definir un Estado, pero se necesita el imaginario erudito para darle vida y hacer que la gente se sienta vinculada a él como su nación. Así, un simple territorio viene a convertirse en una patria y una población en el pueblo-nación (Smith, 2000: 173-176).

En Latinoamérica, el nacionalismo, como otras corrientes de pensamiento, albergó en su interior tendencias de izquierda y derecha, laicas y católicas, moderadas y radicales. Empero, todas esas tendencias coincidían en defender lo propio contra lo invasor. A

lo que se aspiraba en la mayoría de las versiones nacionalistas era a la consolidación de un Estado que defendiese lo autóctono. Existía una creencia generalizada de que la nación, el continente, la raza, la cultura y la economía estaban en peligro debido a las amenazas constantes de los enemigos externos. Como ya hemos planteado, el nacionalismo latinoamericano ha sido un discurso plural que se constituyó teóricamente de un conjunto de elementos procedentes del arielismo, la mestisofilia y de adaptaciones hechas a las tradiciones del pensamiento occidental como el liberalismo, marxismo y las teorías conservadoras de la decadencia europea (Devés, 2000: 231). Por eso, dentro de esta diversidad de versiones es posible encontrar propuestas autoritarias pero también democráticas; imaginarios excluyentes, e igualmente abiertos e inclusivos; jerarquías sociales inmutables pero también apuestas igualitarias; y esa extraña doble valoración, entre exaltación y crítica a la tradición y a la modernidad.

Los intelectuales caribeños, también latinoamericanos

Es un punto compartido por muchos historiadores definir la historia contemporánea como ese tiempo en el que han predominado la industrialización y sus efectos y, más aun, la formación del Estado moderno a partir de una teoría del pueblo-nación como poder constituyente. Arcadio Díaz Quiñones cree que estos factores explican la escasa atención que los estudiosos latinoamericanos le han prestado al Caribe. Atentos a la emergencia de la “nación” y a la creación de los Estados independientes han relegado a un segundo plano los múltiples y complejos intercambios culturales en esta región heterogénea y fragmentada territorialmente. Y es que se hace complicado pensar la zona caribeña utilizando los modelos tradicionales de estado-nación y la tesis de la nación como comunidad homogénea, lo que ha llevado a muchos a creer que las sociedades caribeñas son incompletas o fallidas (Díaz, 2006: 20-23).

Es innegable que el Caribe tiene sus complejidades. Se trata de una región histórica y geográfica de la que nunca se sabe exactamente cuáles son sus límites. Fraccionada entre sus múltiples orígenes coloniales, hispanos, franceses, ingleses, holandeses y daneses las islas, que ya supone una definición problemática del Caribe, tomaron, a pesar de su historia compartida, rutas diversas. Haití fue en 1804, la primera república negra de América. República Dominicana proclamó su independencia en más de una ocasión, la primera vez de Haití y luego de España paradójicamente. Cuba realizó una segunda guerra de independencia entre 1895-1898 y luego de una comprometedor intervención norteamericana se independizó en 1902. Puerto Rico pasó a ser colonia de los Estados Unidos desde 1898 y en 1952 adoptó una forma de gobierno conocido como el Estado Libre Asociado que en la actualidad es puesto en entredicho por una junta administrativa impuesta por el gobierno invasor. Martinica se convierte en un departamento francés en 1946, y así podríamos continuar mencionando las peculiaridades de Jamaica, la Federación de las Antillas Holandesas, y de otros pueblos-islas en ese mar tropical que llamamos Caribe.

Siguiendo esta misma línea, el propio nombre plantea una inestabilidad conceptual. “Caribe”, “West Indies” y las “Antillas” son denominaciones que provienen de registros ideológicos distintos y que particularmente expresan lo que muchas veces Mary Louise Pratt

ha denominado como “ojos imperiales” (Pratt, 2010). Pero también su conceptualización ha sido un debate que preocupó a los intelectuales caribeños en cuanto a su autoconcepción. Por ejemplo, desde la literatura se ha desarrollado una épica mítica de conquistadores, piratas y caníbales. Para otros, Caribe fue una zona en la que se materializó la superioridad del mundo hispanoeuropeo. Reaccionando contra esta lectura algunos han afirmado el mestizaje como sustrato fundacional de los pueblos que allí habitan, mientras otros resaltan allí lo afro (Díaz, 2006: 20). En esta misma dirección, Pedro San Miguel cree que la invención del Caribe ha contado con cuatro miradas que han dominado la producción de saberes sobre la región: la geopolítica, la económica, la identitaria y la de resistencia de los subalternos (San Miguel, 2004: 22-64). Estas constituyen el caleidoscopio a través del cual los intelectuales han analizado las dinámicas constitutivas de esta parte del globo. De esta manera el Caribe sigue siendo objeto de discusión en la historiografía contemporánea y no son pocos los que exigen que sea utilizado, más allá de las Antillas, para tocar también la zona continental costera que funciona como límite y parte de la vida económica, política y cultural de esa región.

Por otro lado, desde mediados de siglo XVIII hasta finales del XIX, el Caribe hispano especialmente, estuvo más cerca de la economía estadounidense que la de su propia metrópoli. Así mismo, las primeras décadas del siglo XX se caracterizaron por una ocupación militar norteamericana, prácticamente simultánea en Puerto Rico, Haití, Cuba y República Dominicana, promoviendo en cada territorio movimientos autonomistas, nacionalistas o anexionistas. En ese contexto, los intelectuales caribeños, muchos de ellos procedentes de Estados poscoloniales débiles, y otros de sociedades sometidos a un poder colonial, concentraron sus esfuerzos en pensar asuntos como la nación, la identidad, la ciudadanía, la modernización y el subdesarrollo para tratar de entender la crisis que enfrentaban sus pueblos.

El desencanto producido por el atraso material y la falta de poder político provocó, en un primer momento y asumiendo la representación formada por “los ojos imperiales”, que la élite pensante antillana adjudicase sus problemas a la numerosa población negra, mulata y campesina, entendidas como principal obstáculo para el progreso y la civilización. Sus posiciones, abiertamente racistas, eran ampliamente aceptadas prácticamente en todos los ámbitos de la sociedad caribeña (lo mismo que en resto de América Latina). Pero los retos económicos, políticos y sociales que trajo consigo el siglo XX con la nueva hegemonía de los Estados Unidos, obligaron a muchos intelectuales a ampararse en registros más democráticos e integradores combatiendo el racismo con unas teorías del mestizaje que todavía poseen un papel relevante en la forma de imaginar muchos pueblos-naciones caribeños. Poblar y educar, mesclar y transformar el mundo real y espiritual serán propuestas letradas para hacer posible la civilización y la modernización de las frágiles naciones y de alguna manera hacer frente a las pretensiones norteamericanas en la zona.

A manera de conclusión

Se puede decir que el pensamiento latinoamericano y caribeño constituye la expresión de un esfuerzo por defender los pueblos-naciones americanos como sujetos de una Historia que es también su historia, una Historia universal que se realiza como historias plurales de unas naciones que adquieren un nombre y un papel como actores históricos (Seda, 2010: 102). Para combatir la doble amenaza del subdesarrollo y el imperialismo estadounidense a principios del siglo pasado, los intelectuales caribeños como pensadores latinoamericanos y modernos, adoptaron y combinaron una multiplicidad de visiones de mundo y de valores éticos y políticos: críticas, ideológicas y políticas; cambios de paradigmas y definición de nuevos sujetos sociales; apuestas, riesgos, exilios y muerte arrojando así su misión. Misión que por estar inevitablemente imbuidas en subjetividades culturales, formativas y coyunturales pueden ser cuestionables e incluso criticables. Entonces este campo intelectual consigue entenderse, usando las palabras de Antonio Benítez Rojo, como el espiral caótico de una galaxia, siempre abierto y fluido, hecho de “objetos que se hacen visible mientras otros desaparecen en el vientre de la oscuridad” (Benítez, 1989: v).

Referencias

- Altamirano Carlos (Director) y Jorge Myers (Editor) (2008): *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo I, *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Editorial Katz.
- _____ (Director) (2010): *Historia de los intelectuales en América Latina*, Tomo II, *Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*. Editorial Katz.
- _____ “Introducción al volumen II. Elites cultas en el siglo XX latinoamericano”, Carlos Altamirano (Director): *Historia de los intelectuales en américa latina*. Tomo II, pp. 9-30.
- Annick Lemprière: “Los hombres de letras hispanoamericanos y el proceso de secularización (1800-1850)” en Carlos Altamirano (Director) y Jorge Myers (Editor): *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo I, pp. 242-266.
- Benítez Rojo, Antonio (1989): *La isla que se repite: el Caribe y la perspectiva posmoderna*. Ediciones del Norte.
- Caetano, Gerardo y Adolfo Garce: “Ideas, política y nación en Uruguay el siglo XX”, en Oscar Terán (Coord.): *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericanos*. Siglo XXI, Argentina, 2004, pp. 309-389.
- Correa Sutil, Sofía: “El pensamiento en Chile en el siglo XX bajo la sombra de portales”, en Oscar Terán (Coord.): *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericanos*, pp. 211-274.
- De Sousa Neves, Margarida y María Helena Rolim Capelato: “Retos del Brasil: Ideas, sociedad y política”, en Oscar Terán (Coord.): *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericanos*, pp. 99-161.

- Devés Valdés, Eduardo (2000): *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950). El pensamiento latinoamericano en el siglo XX, entre la modernización y la identidad*. Biblos.
- Díaz Quiñones, Arcadio (2006): *Sobre los principios; Los intelectuales caribeños y la tradición*. Universidad Nacional de Quilmes.
- _____. “Pedro Henríquez Ureña y la tradición intelectual caribeña”, en Carlos Altamirano (Director): *Historia de los intelectuales en América Latina*, Tomo II, pp. 65-81.
- Graf, Marga: “La Marcha a la sociedad moderna latinoamericana. Los cuatro aspectos del americanismo de Rodó”, en Ottmar Ette y Titus Heydenreich (Editores) (2000): *José Enrique Rodó y su tiempo, cien años del Ariel*. Universität Erlangen-Nürnberg, Frankfurt.
- Gramuglio, María T.: “Sur. Una minoría cosmopolita en la periferia occidental”, en Carlos Altamirano (Director): *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo II, pp. 192-210.
- Granados, Aimer y Carlos Marichal (Comp.) (2004): *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual (Siglo XIX y XX)*. Colegio de México, Centro de Estudios Históricos.
- Henríquez Ureña, Pedro (1978): *La Utopía de América. La América española y su originalidad*. Latinoamérica, Cuadernos de cultura latinoamericana 25, Universidad Nacional Autónoma de México.
- _____. (1928): *Siete ensayos en busca de nuestra expresión*. Editorial Babel.
- Hobsbawm, Erick J (2001): *Historia del siglo XX, 1914-1991*. Crítica, Barcelona.
- Hoetink, Harry: “race and the Caribbean”, en Mintz, Sidney and Sally Price (eds.) (1992): *Caribbean Contours*. John Hopkins University Press, Baltimore, pp. 55-84.
- Knight, Franklin W. (1990): *The Caribbean: The Genesis of a Fragmented Nationalism*. Oxford University Press.
- Lomnitz, Claudio: “Los intelectuales y el poder político, la representación de los científicos en México del porfiriato a la revolución”, en Carlos Altamirano (Director) y Jorge Myers (Editor): *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo I, pp. 441-464.
- Mariátegui, José C. (2005): *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Gorla.
- Melgar Bao, Ricardo: “Huellas, redes y prácticas del exilio intelectual aprista en Chile” en Carlos Altamirano (Director): *Historia de los intelectuales en América Latina*, Tomo II, pp. 146-168.
- Myers Jorge: “Introducción al volumen I. Los intelectuales latinoamericanos desde la colonia hasta el siglo XX”, en Carlos Altamirano (Director) y Jorge Myers (Editor): *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo I, pp. 29-50.
- Myers, Jorge: “el letrado patriota: los hombres de letras hispanoamericanos en la encrucijada del colapso del imperio español en América”, en Carlos Altamirano (Director) y Jorge Myers (Editor): *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo I, pp. 121-144.
- Palti, Elías J.: “Tres etapas de la prensa política mexicana: el publicista y los orígenes del intelectual moderno”, en Carlos

- Altamirano (Director) y Jorge Myers (Editor): *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo I, pp. 227-241.
- Paulette Silva Beauregard: “Redactres, lectores y opinión pública en Venezuela a fines del periodo colonial e inicios de la independencia (1808-1812)” en Carlos Altamirano (Director) y Jorge Myers (Editor): *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo I, pp. 145-167.
- Pérez Perdomo, Rogelio: “Los juristas como intelectuales y el nacimiento de los estados naciones en América Latina”, en Carlos Altamirano (Director) y Jorge Myers (Editor): *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo I, pp. 168-183.
- Picón Salas, Mariano: *Viejos y nuevos mundos*. Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1983.
- Pratt, Mary Louise (2010): *Ojos imperiales. Literatura de viaje y transculturación*. Fondo de Cultura Económica.
- Rama, Ángel (1984): *La ciudad letrada*. Ediciones del Norte.
- Rodríguez Vázquez, José J.: *El sueño que no cesa: la nación deseada en el debate intelectual puertorriqueño*. Ediciones Callejón, San Juan, 2004.
- Rojas, Rafael: “Traductores de la libertad: el americanismo de los primeros republicanos”, en Carlos Altamirano (Director) y Jorge Myers (Editor): *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo I, pp.205-226.
- San Miguel, Pedro (2004): *Los desvaríos de Ti Noel. Ensayos sobre la producción del saber en el Caribe*. Vértigo.
- Seda Prado, Jorge (2010): *Al rescate de la Patria, Los intelectuales y el discurso político-cultural en la República Dominicana en la época posttrujillista (1960-1970)*. Centro de Estudios Iberoamericanos, Universidad de Puerto Rico.
- Silvia Saitto: “Modos de pensar lo social: Ensayo y Sociedad en La Argentina”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (Comps) *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina*. Paidós, Buenos Aires, 2004, pp. 130-146.
- Smith, Anthony D. (2000): *Nacionalismo y modernidad: Un estudio crítico de las teorías recientes sobre naciones y nacionalismo*. Istmo, Madrid.
- Terán, Oscar (Coord.) (2004): *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericanos*. Siglo XXI.
- _____: “Ideas e intelectuales en Argentina, 1880-1980”, en Oscar Terán (Coord.): *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericanos*, pp. 13-62
- _____: “Amauta: Vanguardia y Revolución”, en Carlos Altamirano (Director): *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo II pp. 169-190.
- Torres-Saillant, Silvio (2006): *An Intellectual History of the Caribbean*, Palgrave Macmillan.
- Vasconcelos, José (2005): *La raza cósmica*. Editorial Porrúa.
- Williamson, Edwin (2013): “Intelectualidad y modernidad” en *Historia de América Latina*. Fondo de Cultura Económica.